

RENATO OZORES

**LA**  
**CALLE**  
**OSCURA**

*novela*



# LA CALLE OSCURA



RENATO OZORES

**LA**  
**CALLE OSCURA**  
( *NOVELA* )

Tercer Premio en el Concurso Nacional de  
Literatura "RICARDO MIRO", 1954.



PANAMA, 1955  
IMPRENTA NACIONAL

Es propiedad del autor.  
Queda hecho el depósito  
que señala la ley.

# **PROLOGO**





**E**STA es la historia de una calle. Es también la historia de un niño, y de otras gentes.

La calle es la mía; es decir, la calle en que yo vivo desde hace muchos años; desde que llegué del interior. Es una calle cualquiera; una calle oscura, corta, angosta, con aceras rotas y desiguales, con varios huecos en el pavimento y algunos desperdicios de esos que hay siempre en estas calles. Tinacos volcados, papeles, trapos, chupones de naranja, pellejos de fruta y esas cosas. Es una calle de gentes humildes, sencillas y buenas. Porque, en general, todos son buenos, aunque algunos hayan estado presos varias veces, y ahora mismo sigan delinquiendo un poco. Viven mal; claro está. Y el vivir mal, trae el mal vivir; ya se comprende.

## RENATO OZORES

---

*Por eso mi calle tiene historia. Si fuera una calle de Bellavista, o de la Exposición, creo que no habría nada que decir de ella; nada que contar, porque sería una calle feliz; una calle respetable. Allá, tan lejos y tan cerca, entre el rumor de las altas palmeras y de los árboles frondosos —laureles, acacias, guayacanes— con la fresca brisa que llega desde el malecón, no debe haber problemas. Todo es claro y luminoso. Brillantes automóviles, pinturas alegres, muchachas bonitas y muy blancas, jardines cuidados. Y, en la noche, mucha luz en todas partes; tragos, risas, partidas de canasta. No. Las calles de Bellavista no tienen historia. Al menos, no la sé. Paso poco por allí, y casi siempre en autobús.*

*En esta calle mía todo es diferente. Aquí todos somos pobres. Unos más y otros menos, claro está, pues los que viven en el frente, sobre todo abajo, en las rejillas, están mucho mejor y hasta despiertan un poco la envidia de nosotros, los del patio. Pero, la verdad es que en esta calle todos somos pobres y de piel morena. Todos. Hasta el griego que vende frutas frescas y maíz tostado; el turco de la tienda de telas de la esquina; el judío de la refresquería; el chino del "Chop Suey" y el español de la cantina. To-*

## PROLOGO

---

dos se han puesto morenos. Tal vez sea la pobreza, o el aire de la calle, pues cuando Tina, la nicaragüense, vino a vivir por aquí cerca, tenía rubio el cabello y ahora ya no.

Mi calle es una calle oscura y pobre, con un nombre sonoro y antiguo que nada importa a nadie, pues ni siquiera el Municipio se acordó nunca de cambiárselo. Queda cerca de la Zona y por eso pasan muchos gringos. Las gringas suelen pasar por la mañana. Trajes escotados por el mucho calor, el pelo fulo, o blanco, y sandalias o alpargatas por todo calzado. Las viejas, que suelen ser la mayoría, son flacas y muy feas. Altas, desgarbadas, con anteojos muchas de ellas, y espaldas muy huesudas y pecosas. Las bonitas son pocas, y casi siempre jóvenes. Colegialas, seguramente. Yo veo mucho a las gringas cuando se paran en mi calle a comprar chances o lotería, o cuando entran donde el italiano que vende joyas falsas y unos relojes baratos que se dañan siempre. Les gusta esto. Les gusta también tomar fotografías de rincones sucios, de niños desnudos y de balcones carcomidos. Luego, las mandarán allá, a sus pequeños pueblos, para que amigos y vecinos se sorpren-

## RENATO OZORES

---

*dan mucho. Las que toman más fotografías son las recién llegadas. Después ya se acostumbran y no les interesa.*

*También pasan muchos soldados, sobre todo en la tarde. Siempre muy limpios y muy almidonados. Son soldados nuevos, sin estrenar. Luego, se emborrachan y se arrugan, hasta parecer usados. Y muchos marineros, más limpios aún, con sus corbatas negras, tan estrafalarías, y sus anchos pantalones blancos. Blanco el uniforme, blanca la sonrisa y blanca la conciencia. Son muchachos, claro está. Cuando no se sabe nada de lo que pasa en el mundo; cuando en la cartera hay varios dólares y el retrato de una joven rubia que dice "with love" antes de la firma; cuando no hay angustia ni remordimientos, el alma está en reposo.*

*En mi calle se ven muchos soldados y muchos marineros. A veces, se detienen un momento, quebrando la línea recta. Una chola les propone algo, o sienten, de repente, la atracción de la cantina. Entonces entran al instante y empiezan a sonar las máquinas que tocan discos. Ya están contentos. Son Jim, Joe, Tommy, Bob. Los mismos de siempre, un año y otro año. El mismo uniforme, la misma sonrisa y los mismos*

## PROLOGO

---

*hábitos. Son soldados y tienen derecho a divertirse y a gastar esos dólares que giran locamente alrededor del mundo. Más tarde, rígidos, erguidos, más planchados todavía, aparecen los MP. Andan siempre por parejas. Un tolete reluciente, una pistola y unas carteras negras, sujetas en el cinturón. Después pasan los SP. Con sus cortas polainas y sus gorros de niño, son menos solemnes; pero las armas son iguales y el propósito idéntico. Cuidan el orden. Y lo hacen bien. En ocasiones, a su lado, como una mancha oscura, va un guardia de los nuestros. El uniforme es más modesto; pero el tolete es más grande, y más largas las correas con las que gusta entretenerse. El guardia puede ser de Antón, o chiricano. Pero habla inglés, a su manera, y los gringos le entienden, hasta cuando les relata un chiste. Esto me satisface mucho. Nuestro guardia, moreno y pequeñito, pequeñito al lado de la talla de todos los MP, ha logrado expresarse en otro idioma y dice con soltura "Hello, boys". Los gringos no pueden hacerlo. Si pudieran, seguramente no serían MP.*

*Mi calle es una calle olvidada, aunque aquí viva mucha gente. No sé, siquiera, si estará en el plano de la ciudad, porque nunca vi ninguno.*

*Ni siquiera se la menciona en los periódicos, pues nunca pasa nada de importancia; es la verdad. Borracheras, pequeñas pendencias, disgustos domésticos, algunos accidentes. Total, nada. Ni cuando la criatura aquella cayó al patio desde el corredor se lastimó mucho, siquiera. No sé por qué será. Siempre es lo mismo. Un día y otro día. Carretillas de carbón y fruta; el camión del hielo, con su madera verde, chorreando agua y su aliento frío, el de reparto de las sodas, y, a veces, la camioneta negra; de ese negro triste y deslustrado, que se lleva a nuestros muertos. Los que aquí morimos solos y en silencio, y nos entierran sin escolta.*

*Así es esta calle, cuya existencia parece ignorar la ciudad. Con sus aceras estrechas y su extraño trazado, con sus casas de cuartos y sus patios miserables, fué hecha a toda prisa, con precipitación, provisionalmente. Hace un siglo, más o menos, la ciudad de Panamá vivía acurrucada y encogida detrás de las murallas, a la sombra de la catedral y gobernada por sus campanarios. Santa Ana era el límite de la civilización y de los señores graves con levita y bigotes de altas puntas, liberales o conservadores. Del revellín para acá, era el arrabal. Crecía la yerba donde quiera y, en la noche, todo parecía*

*sinistro. Los de adentro, eran los de adentro, y allí se quedaban con sus pequeñas ambiciones, sus intrigas políticas y sus esperanzas, elevadas hasta Bogotá. Pero llegó el ferrocarril, el vértigo de la California, y la ciudad se hinchó. No fué un proceso lento de natural crecimiento. Fué como una repentina inflamación urbana; un caso de hipertrofia brusca causada por el dólar. Luego, el canal. Había que hacer casas; muchas casas; campamentos, como quiera, pero a prisa. El trazado de las calles no importaba a nadie, y a nadie preocupaba la condición de las viviendas. Muchos cuartos; eso sí, porque el terreno valía mucho. Todo era provisional, naturalmente. Más tarde se podrían hacer las casas de otro modo, con higiene, con ventilación, con baños abundantes. Pero las calles se pavimentaron y quedaron así. Como la mía. Angosta, breve, oscura y triste. Porque hasta son tristes esas rígidas banderas de latón pintado con colores vivos que anuncian cigarrillos, sodas, o alguna marca de leche en polvo.*

*Hace poco, cuando el cincuentenario, se pintaron las fachadas, y como la política no empezó todavía, no hay carteles aún por las paredes. Además, hay algunas tiendas, como el comisariato y la sastrería del chombo, que tienen hasta*

*un poco de mármol y vidrios con letreros a los lados de la entrada. Lo malo son los tinacos, cuando llenan las aceras y los muchos niños que salen en tropel, desnudos, a bañarse, cada vez que llueve mucho. Es una lástima que las gringas no hayan podido retratarlos así, apelonados, recibiendo jubilosos el chorro de algún canalón.*

*Adentro están los patios, ocultos detrás de las fachadas tristes de pintura oscura. A los patios no llegó el cincuentenario. Los patios nadie los ve, más que nosotros, los vecinos. Nadie. Ni siquiera el administrador, porque no mira. El patio de mi casa es grande; lo conozco bien, después de tantos años. Puedo caminar por él de noche sin tropezar ni una vez en las muchas grietas del cemento donde se almacena el agua, ni cortarme el cuello en los alambres que lo cruzan para colgar ropa a secar. Conozco bien el patio; mi paisaje cotidiano, y conozco a todos los vecinos. Los conozco tanto, que hasta cuando llora un niño, como pasa siempre, sé cual es. Son niños flacos y tripudos, muchos de ellos, que gritan sin cesar y se revuelcan en los charcos disputándose todo. Un pedazo de papel, un trozo de cuerda, una lata de betún vacía, una caja de fósforos,*



## PROLOGO

---

*o la tapa de una soda. Son sus únicos juguetes, y los niños tienen que jugar, con lo que sea; lo mismo que tienen que gritar, que tirarse por el suelo y que pelear dándose golpes. También rien algunas veces, con sus blancas dentaduras que hacen contrapunto con los ojos de porcelana limpia; lo único que conservan limpio en medio de tanta miseria y de tanta mugre. Los ojos. La mirada. Cuando crezcan y sean mecánicos, o carretilleros, u obreros de la Zona, tendrán otras ambiciones, lucharán por otras cosas; pero sus ojos no serán tan claros, ni su risa tan blanca.*

*Sí. Conozco bien a todos los vecinos. Al viejo Don Marcelo, el ciego, que ya no sale de casa y que se pasa el día regañando, porque está solo casi siempre. Y conozco a su hija Chon, la lavandera, que ahora tiene las piernas con llagas, como gangrenadas, por la mucha humedad y el estar de pie durante tanto tiempo. Conozco a Lou, el jamaicano, que trabaja cerca, en un taller de carros, y a Ruby, su hermana; a Celso, que es camarero en un jardín de San Francisco; a Felisa, la modista gorda y a Encarnita, la sobrina; a la niña Chana, que hace las carimañolas y el chicheme; al cojo Mendizábal;*

a Víctor, que como no tiene empleo, lava autos por las calles y vende algo de fruta del país; a Carmen, "La Pichona", que hace abortos, echa cartas y fabrica ungüentos; a todos. Los veo cuando andan por el patio; cuando llegan; cuando salen; cuando riñen y cuando se alegran, que es muy pocas veces. Los veo cuando caminan por este corredor de tablas carcomidas y baranda rota; cuando suben por las escaleras de pedañes hundidos y gastados y cuando se encierran en sus cuartos que tienen, como el mío, una cama y un cajón que sirve para todo, y un par de tablas como estantería, además de muchas cucarachas grandes, voladoras, que anidan fácilmente en todas las rendijas. Porque yo sé cómo son todos los cuartos. Algunos tienen una mesa y una estufa de kerosín o de carbón, y hasta una hamaca; pero estos son pocos. Lo sé, porque todos nos visitamos en algunas ocasiones. Cuando hay algún enfermo grave, o un velorio y se reparte café y ron, o cuando se hace fiesta por el cumpleaños de algún joven. Entonces, también hay aguardiente, y una alegría de ocasión, forzada, casi oficial, de puro compromiso.

Conozco bien a todos los vecinos y por eso

## PROLOGO

---

puedo contar esta historia. Los veo iniciar el día; los días iguales y monótonos, cuando hacen su aparición en la mañana con gesto de fatiga y rostro ajado para bañarse en la regadera única que hay en la esquina; con las bacinillas y las palanganas; cuando gritan y regañan; cuando los maridos pegan y las mujeres lloran o alborotan; cuando los niños inician sus peleas y cuando las muchachas se acicalan y se pintan delante de un trozo de espejo; del mismo espejo que un día reflejó su cara virgen y que hoy devuelve una mirada amarga, cínica y decepcionada.

Los conozco bien a todos, como conozco a los vecinos de las demás calles oscuras. Y sé que somos todos gentes con un común destino. Vivir aquí, mientras vivamos; comprar chances o lotería; vagar un poco por ahí para oír chismes y cuentos; tomar algunos tragos y esperar el día siguiente con la compañía de las cucarachas, sin elaborar quimeras ya. Porque aquí hay pocos proyectos, fuera de los inmediatos y más apremiantes. Los que trabajan, esperar el sábado para cobrar. Pagar al administrador, pagar la luz, pagar al chino y guardar algo para los chances, aunque se compran sin fe. Ni siquiera "La Pichona" gana la lotería, a pesar de sus rezos y de sus cábalas de bruja.

## RENATO OZORES

---

*De aquí no sale nadie, más que para el cementerio o para el hospital. Algunos han ido a la cárcel; por poco tiempo; eso sí. Sólo Lola decidió volver al interior, allá a Las Tablas, con sus hijos, cuando el marido murió. Pero eso es otra historia que no podré contar ahora. Si lo menciono es porque cuando a Lencho lo enterraron y Lola se marchó, quedó vacío el cuarto. Fue entonces cuando vinieron a vivir aquí con los muchachos, Pancho y Rosa. Con ellos vino Yeyo.*

*Yeyo es un niño. Su edad, no la sé, porque él también la ignora. Yeyo no existe legalmente. A pesar de ser un niño que vende periódicos y ayuda a Víctor a lavar los carros, su nacimiento no fué registrado en parte alguna, y ni nombre tiene. Porque Yeyo, nada más que Yeyo, no es bastante nombre. Y él no sabe más. Los padres, tampoco. Porque los padres, el hombre y la mujer con quienes vive, no son, en realidad, sus padres. El se llama Pancho y es de Dolega. Maneja una chiva que no es de él, que se llama "La Chiricana", y estuvo en eso de la huelga que duró unos días. Gana poco, y a veces bebe mucho; pero es trabajador y honrado. Ella, la mujer, es Rosa. Es joven todavía y*

## PROLOGO

---

muy atractiva, cuando se viste bien para ir al cine, al "Hispano", o al "Edisón". Rosa es chorrerana y tiene lindo pelo. Antes de llegar aquí con Rosa, Pancho vivió en el Marañón con una joven de Aguadulce que había tenido un hijo, Dios sabe con quien. Ella nunca le habló de ello, ni Pancho le preguntó. El niño era Yeyo, muy pequeño entonces. La aguadulceña estaba tísica y un día se quedó en la cama, porque no podía levantarse por la fiebre y por la debilidad. No se levantó más. Pancho la llevó al hospital y murió después de vomitar la sangre que le quedaba y algunos trozos de pulmón herido. Y Pancho se quedó con Yeyo, porque un niño es un niño y Pancho es buen hombre. Cuando Pancho se encontró con Rosa en un toldo, para Carnaval, y vino a vivir aquí con ella, trajo al niño. Por eso nadie sabe los años que tiene, ni su nombre verdadero. Yeyo, nada más. Para mí, es bastante.

Yeyo vende periódicos por ahí, por la ciudad. Aquí, en la calle, no vende ninguno, porque a nadie le interesan las noticias, ni las tiras cómicas, ni los editoriales, ni nada. Aquí sólo algunos se preocupan por esas novelas que "La Pichona" escucha en la radio; y los periódicos dicen otras cosas.

RENATO OZORES

---

*Esta es la historia de una calle; una historia breve, dura y muy amarga —como es nuestra vida— que comienza ahora y llega a la ceniza. Es también la historia de un niño, y de otras gentes.*

*El niño es Yeyo.*

## I

**C**OMO todos los días, como todas las mañanas, Yeyo se despierta solo. Se frota los ojos en la oscuridad del cuarto y se rasca la cabeza para ahuyentar el sueño. Es algo como un rito inconsciente, como una oración. En seguida, le da tos. Hace un esfuerzo y la reprime, apretándose la boca y respirando con mucho cuidado. Tiene miedo de que le regañen si hace ruido. Por eso se levanta con sigilo para no despertar a Pancho, cuya gruesa respiración, acostado allí, al lado de Rosa, parece inundar el cuarto. Para no despertar a los muchachos, que duermen también. El más pequeño en la cama, y las niñas en el suelo. Tienen un petate casi nuevo y una almohada pa-

ra las dos. Una almohada de lona rayada, ya mugrienta, que anda siempre por cualquier rincón tirada y que a veces, en la noche, se empaqueta de orines.

Orientándose en la débil claridad que entra por el estrecho montante, Yeyo busca a tientas el dinero en la cajita de cartón que Rosa guarda en una estantería. Rosa siempre se lo tiene listo, porque Rosa es buena. Allí está la plata. Yeyo pasa las monedas de una mano a otra y cuenta varias veces. Doce reales. Sesenta centavos. Total, veinte periódicos. Es poco, porque veinte periódicos se venden en seguida y, a veces, tiene que regresar corriendo a la imprenta desde lejos a buscar más. Pero cuando Rosa le dejó esta plata es que no pudo dejarle más. Pancho llegó temprano por la tarde con la chiva dañada y luego fue a tomar cerveza hasta la noche. Y cuando llegó a cenar estaba en fuego. Además, hubo que comprar la medicina aquella para los granos de la niña, y comprar manteca y kerosín y pagar los chances a Tomasa.

Yeyo recuerda muy bien todo esto, y pensando en sus veinte periódicos se encamina hacia la puerta con los viejos zapatos de lona en la ma-



no. Tiene un leve sobresalto al escuchar el rebullir de las niñas que están en el suelo, y se detiene. Por un momento ve a Pancho con la ropa levantada y a Rosa, boca arriba, con un seno desnudo y un brazo sobre la frente, como para no estorbar a la criatura, que duerme a su lado.

Aquietadas las niñas, Yeyo sale al corredor. A esta hora no hay nadie todavía en la regadera y el patio está solo y en silencio. Hay un resplandor lejano, no se sabe de donde, que se quiebra en los charcos de agua sucia, empozada en las grietas y en las depresiones que tiene el cemento. Unas ropas, colgadas a secar, se mueven un poco por la brisa del alba.

El agua está fría. A Yeyo le gusta así. Le gusta que caiga con fuerza, y mira complacido los arroyos que se forman sobre la fina piel morena brillando con la luz de la bombilla que arde sobre su cabeza. Busca a tientas sobre el marco de la puerta y encuentra un poco de jabón. Abre más la llave de la regadera, pero la cañería vibra y empieza a sonar de un modo extraño. Siempre pasa eso en las mañanas. Es una bulla fuerte, sonora, como un quejido prolongado, y el viejo Don Marcelo, el ciego, que casi nunca

## RENATO OZORES

---

duerme, empieza a protestar a voces y dando golpes en la pared de madera con su grueso bastón. Yeyo piensa en el anciano ciego que no puede dormir, que no puede ver el sol, ni los árboles, ni la gente, y corrige la posición de la pluma. El agua sigue saliendo sin ruido, mansamente, como una lluvia tierna, para caer so-

veces, cuando llega tarde para hacer algún recado, cuando se mancha la ropa, o cuando está de mal humor, porque las cosas son así. Pero le pasa igual a todos los muchachos que conoce. Y Pancho no le pega nunca. Pancho no le mira casi; casi no le ve; casi no le habla. Pancho habla muy poco, al menos en casa. A veces juega un momento con el pequeño; un momento nada más. Lo levanta de la cama, o lo levanta del suelo, lo contempla un instante y lo vuelve a dejar para lavarse y salir a la cantina, o volver a la chiva. Y cuando regresa borracho, se acuesta sin decir una palabra, sin mirar siquiera a nadie. Algunas veces discute con Rosa. Porque el arroz está quemado, o el plátano duro, o porque no alcanza el dinero para comprar alguna cosa que puede hacer falta. Eso es lo que más enoja a Pancho, que muchas veces está más de doce horas sentado en la chiva corriendo hacia Pueblo Nuevo y volviendo al Mercado. Pero estas discusiones son siempre muy secas, con muy pocas palabras y terminan pronto.

En la memoria de Yeyo está borrosa la imagen de Pancho cuando lo vió por primera vez. Entonces vivía con su mamá en el Marañón, cerca del mar; de ese mar urbano, aprisionado,

triste y sucio, que cuando recuerda su poder y se enfurece por unos minutos, penetra por los cuartos pobres rompiendo tablas viejas y derribando las vigas podridas. Eso dura poco. En seguida el mar se retira arrepentido, lejos, un poco avergonzado, dejando sobre el limo las pequeñas pangas, los barquitos y los chingos y un hedor de cloaca. Yeyo recuerda algunas veces el escenario aquel de sus primeros años, cuando jugaba en los zaguanes en los días de lluvia y corría mucho por las calles sin saber nunca hacia donde; cuando vigilaba atento la llegada del camión del hielo para recoger del suelo un pedacito y chuparlo ávidamente; cuando bebía con fruición los restos de una soda dejada por algún cliente en la abarrotería de la viuda; en aquella abarrotería que tenía al lado de la calle una gran caja de vidrio repleta de naranjas ya peladas y muy frías, a las que Yeyo nunca tuvo acceso, y sobre la puerta un cartel metálico de colores brillantes con una mujer fumando, una mujer muy hermosa, como no se ven, tan distinta de su mamá. Su mamá lloraba cuando Pancho no estaba en casa. Era muy delgada y tosía mucho. Tosía tanto, que a veces se doblaba rendida de dolor y de fatiga y tenía que acostarse. Yeyo veía entonces sus

ojos muy grandes, muy brillantes y muy tristes, y un cabello largo, negro y cholo, mientras el pecho, enflaquecido, se agitaba por la fiebre y la respiración anhelante. La mamá de Yeyo tenía un lindo pelo. Rosa también, aunque lo tiene cortado. Y Rosa es bonita cuando ríe y cuando duerme. Además, Rosa es buena y no tiene tos. Y quiere a Yeyo, como si fuera hijo suyo. Y Pancho también. Serio, grande, corpulento, con sus brazos fuertes y velludos, su cuello poderoso y sus recias espaldas.

Yeyo ha llegado al callejón que comunica patio y calle, después de haber bajado a saltos la escalera. Allí, en el sitio de siempre, cubierta apenas por una holgada blusa gris sobre la falda negra, flaca y prieta, está Chana, la vieja sanmigueleña, atizando la candela. Rodeada de cajones y de latas, se mueve diligente en busca de carbón y más papeles; y al soplar en la hornilla, el fuego pone temblorosos resplandores fantasmales en el arrugado rostro de la anciana y en el apretado vellón blanco amarillento de su pelo cus-cus.

Chana se levanta, la primera, para preparar el chicheme que vende durante el día, y la comida de los obreros de la Zona que tiene de

clientes. Unos son vecinos, como Ernesto, Ramos y Joaquín, y otros son de por aquí, que vienen a buscar temprano, donde Chana, lo que van a comer a medio día. Todos tienen unas tarteritas muy pequeñas que enfundan en la chácara, y algunos tienen termos. Luego, se van apresurados a la Zona para hacinarse en los camiones, o en los vagones del tren y seguir al trabajo. Hasta la draga grande, hasta los muelles, hasta las esclusas, hasta los cortes de limpieza o el cerro "Contratista" que se quería desmoronar. No importa donde vayan. Sus manos son fuertes, duras y callosas y su piel morena. Rol de plata. Tienen capataces gringos; unos buenos y otros malos. Depende de la suerte. Chana les hace la comida, que ellos comen a la sombra, si hay un palo en algún lado. Arroz, siempre, y plátano también. A veces yuca y bacalao, o carne; o pescado frito; sierra, o mero. Por eso madruga la vieja sanmigueleña, con sus muchos años, que le doblaron ya la espalda, con una hija epiléptica que se cae al suelo y patalea y grita y se muerde la lengua, y un hijo que anda no se sabe donde. Pero antes de hacer la comida para los obreros y antes del chicheme, cuele su café. Y siempre queda algo para Yeyo.

—Buenos días, niña Chana.

A la anciana le gusta mucho eso de la niña Chana, y como nada cuesta decírselo, Yeyo se lo dice y la complace. Además, le va a dar el café. Es una totumita chica, pero está caliente y tiene, además, mucha raspadura.

—Va a llover.

—Sí.

—¿Se jumó Pancho ayer?

—No sé. Gracias, niña Chana.

Yeyo ya aprendió a callar, que vale tanto, por lo menos, como saber hablar. Recordando su leve mentira, se sonríe. Y en la parte más oscura del oscuro callejón brilla su sonrisa blanca.

Gana la calle, y avanza apresurado. Corre, casi, aunque ahora, no sabe bien por qué, no puede hacerlo sin fatiga. Le duele el pecho, le falta el aire y tiene que detenerse. Y entonces suda y siente frío; y las piernas, tan flacas, parecen vacilar. El café de Chana le conforta algo y el agua de la regadera le da siempre nuevos bríos. Ahora puede correr un poco otra

vez y hasta saltar alegremente sobre esas rayas blancas que cruzan el asfalto de las calles y de las que nadie hace caso.

Al llegar a la Avenida Central escucha el zumbido lejano del camión de la basura. Luego, el retumbar de los tinacos, ya vacíos, sobre las aceras y después, por breve tiempo, el roncar del motor. Un perro muy flaco, que es todo temblor, olfatea algunos desperdicios caídos en el suelo y sigue su vagar incierto con rabo abatido. Más allá, Santa Ana. Todavía está cerrada la puerta de la iglesia y las enormes palmeras, con sus pencas inmóviles, vigilan la torre. Un guardia bosteza aburrido debajo de los guñes luminosos de un anuncio inútil de neón y dos trasnochadores avanzan muy despacio hacia la catedral, mirando al suelo, sin hablar. Pueden comprar un periódico y Yeyo apura el paso pensando qué día es. ¿Martes? ¿Jueves? ¿Por qué tendrán los días esos nombres tan raros, cuando todos son iguales, menos los domingos? Lunes... miércoles... Pura ociosidad... No. Todos los días no son iguales. Algunos días llueve mucho, hasta desaparecer el cielo, convertido en una mancha casi negra, y otros días hace sol. Tanto, que el cemento quema y hay que caminar corriendo, o saltar a la sombra.



Pero, los nombres que tienen los días no sirven para distinguirlos. Si los martes fueran todos días de lluvia y los sábados radiantes... Hay lunes buenos y lunes malos, y todos son lunes, sin embargo. Podrían distinguirse de otro modo. Días blancos; días azules, los de sol; días amarillos, rojos, verdes, como cuando Pancho está contento y llega pronto a casa y lleva a Rosa al cine. O días con números, que es lo mejor, porque los domingos se venden más periódicos. La gente tiene más plata y más tiempo para leer. Los viernes, menos. Pero, depende de lo que haya sucedido.

Yeyo llega hasta la imprenta. Al lado del taller de la prensa, en las aceras, hay muchachos acostados en el suelo. Se cubren con papeles, o con nada. Parecen las víctimas de una gran catástrofe, amontonadas allí, de cualquier modo, esperando que amanezca para mostrar sus heridas y sus rostros lívidos de cadáveres recientes. De pronto, uno se mueve, o dice algo, o enciende un fósforo, o tose. Y aquella mancha oscura, de ropas oscuras, de pieles oscuras, se agita viviente. Despiertan también las lumbres de los cigarrillos y florece alguna risa, adivinada por la mancha blanca de los dientes.

—No empujes, mierda.

Adentro hay mucha luz y algunas voces. Yeyo mira. La máquina empieza a moverse lentamente, como si despertara, y luego se detiene con un breve gemido. Después, otra vez, y otra más, mientras un hombre largo y flaco pulsa un botón misterioso. Al fin, la gran cinta de papel se hunde entre los hierros y la prensa canta jubilosa el alegre rodar de cilindros y bobinas. Empiezan a salir los periódicos y se van haciendo los paquetes. Paquetes de noticias, de esperanzas, sueños, frustraciones.

Frente a las ventanillas enrejadas se agolpan los muchachos, ya todos en pie. Todos tienen prisa y se apretujan, se golpean, levantando los brazos. Huele a tinta fresca y a papel, a orines y a sudor. Sentado ante una máquina registradora hay un hombrecito que da los tiquetes. Diez periódicos; quince; veinte...

—¿Tú?

—Veinte.

Los sesenta centavos de Yeyo van rápidos hacia el cajón y el niño recibe un tiquete. Un tiquete ya sucio y un poco gastado, que no salió de la registradora, como otros. Pero, dice veinte, y para Yeyo es bastante. Ahora, a otra ventanilla, a seguir forcejeando. A defenderse

con los pies y con los brazos, metiendo la cara y la mano provista del tiquete entre el torso de los mayores. Por un momento teme que le digan que aquel tiquete viejo ya no sirve; pero es sólo un instante. Piensa que aquel hombrequito se ha quedado con sus doce reales, pero no le importa.

Ante aquel retablo de cabezas anhelantes se repiten las preguntas. Y se repiten las respuestas.

—¿Tú?

—Veinte.

Con sus veinte periódicos sujetos bajo el brazo, Yeyo se vuelve de cara a la ciudad dormida. Ahora es más difícil correr; pero hay que hacerlo. Hay que adelantarse a los competidores, que ya empiezan a dispersarse. Hasta los cabarets, hasta los parados, los choferes de los taxis y la gente del “Venecia”. En Santa Ana hay alguien siempre, y alguno se vende.

—¡“Estrella”! ¡“Estrella”!

Allí está el guardia otra vez. Pero los guardias nunca compran los periódicos. ¿Para qué? Son guardias hoy, como lo fueron ayer, y como lo seguirán siendo mañana. Nada puede haber

en un periódico que le interese al guardia. Al guardia le preocupa su mujer, y los chiquillos, y la renta de la casa, lo que debe en "El Paco", los chances y esas cosas, lo mismo que a todos. Siempre tiene que haber guardias. ¿Qué más da? Siempre tiene que haber guardias de uniforme, con un revólver y un pito y un tolete, parados por las esquinas, con los pies cansados y calientes, con esas botas tan pesadas. Los jefes, allá en el Cuartel, sí leen los periódicos. Los leen todos, para sonreír muy satisfechos de que las cosas vayan bien y para comentar el porvenir, donde hay siempre un ascenso. Además, se los regalan. Por eso hay siempre algún radio-patrulla cerca de la prensa en marcha, y a veces otro guardia que monta en motocicleta.

De alguna parte se destaca un hombre despeinado, con camisa abierta, sucia y arrugada. Salió de las sombras y, sin decir palabra, alargó un real. Una "Estrella"; la primera. Después, uno de los trasnochadores de antes, de regreso, solo, calle arriba, compra otro periódico. Yeyo se aligera y corre hacia la estación, cantando a media voz.

—¡"Estrella"! ¡"Estrella"!

Detrás le siguen otros. No es el eco; no. Con el grito de los vendedores y sus pisadas ágiles, la ciudad empieza a despertar y a oler a pan caliente.

Yeyo llega hasta las luces de colores de los cabarets. Aquí no huele a pan, sino a perfume, a gasolina y a humedad. Una mujer joven y algo gorda, enfundada en un brillante traje negro, sale hasta la puerta acompañando a un gringo que está algo borracho. Lo deja en la acera, aturdido y confuso, bajo la mirada aguda de varios choferes. Le da unas palmaditas en la espalda y regresa a su trabajo. El golpe seco de la puerta que empuja un resorte, pone un punto final a la breve relación de algunas horas. La mujer es mexicana y debe estar agradecida de aquel hombre que gastó unos dólares y a quien tuvo que contar su vida con las frases de costumbre. Pero ya no se acuerda de él, ni de su nombre, ni de su rostro, ni de nada de lo que han hablado. Sólo sabe que tiene varias fichas de color en su pequeño bolso y que irá a cambiarlas pronto por dinero. La mujer es mexicana y el gringo es gringo; un vaporino que lleva en el mar muchas semanas y que mañana volverá a marchar sobre otras olas, para entrar en otros cabarets, abrazar a otras mu-

jeros y beber el mismo whisky. Y el dueño del cabaret es italiano. De un pequeño pueblecito de allá del Piamonte, tal vez de Sicilia, o quizá de Lombardía. No importa. Allá, tan lejos, está afincada su nostalgia, ya tenue y borrosa; en la placita de la iglesia, con la fuente próxima, y en la gran finca del signore Luigi o del signore Umberto, que ahora podría comprar, si quisiera, pagándola al contado. Ahora tiene muchos dólares, y muchas liras, ganadas honradamente. Pero tiene también ya muchos años y una úlcera de estómago, y en el pueblecito aquel, nadie le conoce. Podría ir, sí. Volver allá y llevar un carro muy grande que no cabría por las calles y que asustaría a las ovejas. ¿Para qué?

El dueño del cabaret es italiano y la mujer joven y algo gorda que ahora cambia sus fichas en la caja, es mexicana. De un barrio pobre de aquella inmensa ciudad, que se llama Peralvillo, aunque ella dice a todos, claro está, que vivía en Las Lomas de Chapultepec. El gringo sigue en la calle lleno de whisky escocés. La economía nacional se acaba de fortalecer con una de esas exportaciones invisibles de que hablan los periódicos que Yeyo vende. Pero Yeyo no lo sabe. El gringo tampoco. Yeyo sólo

sabe que le quedan aún muchos periódicos y que no puede demorarse porque se le han anticipado. La vieja de luto que va hasta "La Estrella" a buscar periódicos con un carro, ya empezó el reparto. Si Yeyo la esperara aquí, no tendría que andar tanto; pero la mujer vende los periódicos a cuatro centavos.

El gringo compra una "Estrella" sin saber por qué. Vino a gastar plata y la gasta, simplemente. Dólares, o reales. Un chofer le hace señas y se mete en el taxi. Otro chofer, defraudado, también compra un periódico. Y otro, un camarero. Debe ser para el dueño. Al italiano ha de preocuparle la crisis mundial y la crisis de Italia. La muerte de De Gasperi. Que si Pella; que si Scelba; que si uno, que si otro. No hay orden ni tranquilidad en Italia, y esto le mortifica. Debían aprender aquí. Si todos los italianos tuvieran tantos dólares, y un carro, habría orden. Pero, entonces, no habría nadie para trabajar en las fincas del signore Luigi o del signore Umberto, que siguen necesitando muchos brazos para recoger la uva y el arroz, y todo eso. Es verdad.

Yeyo sigue hasta el Parado. El griego que vigila desde su elevado asiento tiene un perfil

de moneda o de medalla antigua; un magnífico perfil, que ofrece por nada. Siempre allí; siempre avizor, mientras los sirvientes cholos, tocados con gorros, se mueven diligentes. Porque siempre hay gente en el Parado.

—Tres de chuleta, con todo, y dos cafés.

—Una sopa, ahí. Pronto.

—Un hamburgo sin cebolla.

—Un “jamonei”.

La máquina registradora marca sin cesar alegrando al griego con su timbre de plata. Pero no se inmuta, ni cambia en nada su perfil. Lo ha olvidado todo; todo. Ha olvidado los sinuosos y difíciles contornos de su patria; la silueta del Olimpo y del Pentélico y el sabor de siglos de las mieles del Himeto. Sólo conserva su perfil de friso, digno del cincel de Praxiteles, y sólo sabe el precio de las cosas. Tres de chuleta, con todo, noventa. Dos cafés... ¿Con leche? Veinte. La máquina registradora sube y baja sus cartones y el timbre suena con el mismo acento para un real que para dos.

—Tres sodas de naranja.



Un cholo tropieza; hay un estallido de vasos y tazas y el griego murmura una interjección helénica.

—¡Zoon! ¡Ti vlákas!

Un joven colombiano, de ojos irritados y faz granujienta, pide sopa de tomate.

—Bien caliente, por favor.

Es muy fino y educado. Ha dicho *kali nílcta* saludando al dueño, que le contestó con un gruñido, y de noche vende por ahí preservativos, postales pornográficas y frascos de tinta china, de efecto garantizado. También hace de alcahueta. Ahora va a beber su sopa, y a dormir. Pero se lleva un periódico. Quiere ver qué hace el general Rojas Pinilla, y si Francia aprueba, al fin, el rearme de Alemania. El joven colombiano es muy culto y, aparte de su negocio, le gusta mucho hablar de temas trascendentes con los otros huéspedes de la pensión, a quienes deslumbra con sus conocimientos.

Yeyo hace inventario. Le quedan por vender nueve periódicos. Tiene que seguir aprisa, aunque el pecho le empieza a doler y le ha vuelto a dar algo de tos. Es una tos que sale de

allá abajo, que pica en la garganta y que le impide respirar, a veces. Pero Yeyo se encamina hacia el "Venecia".

Es de noche, todavía. Un guardia, en una esquina, conversa con una chola desgredada y en chinelas que ha salido a comprar pan y un cuarto de mantequilla. La chola compra un periódico también y ríe de algo que le dice el guardia. Se separan anudando una sonrisa cómplice.

Yeyo echa a correr. Se detiene un momento para vender un periódico a una mujer que conduce un carro muy lujoso, y sigue hasta el "Venecia". Los clientes de costumbre empezaron a llegar. Un hombre moreno de facciones duras y aspecto siniestro, con mirada fija, como de fakir, bebe café solo. Más adentro, un cubano y un argentino, agentes de artistas, muy peinados y olorosos, cenan con dos mujeres de larga cabellera rubia y trajes muy ceñidos. Damián, el camarero, va y viene apresurado con órdenes de pollo frito, de huevos con jamón y platos de arroz. La máquina de hacer café deja escapar un bufido y un aroma apetitoso, en tanto que Manolo juega con las llaves. El café gotea en espuma y Yeyo, que se acuerda de la niña

Chana, se queda mirando. El argentino ríe con risa sonora y se atusa el pelo, coquetón, con una mano que destella de oros y brillantes. Displicente alarga un real a Yeyo y ojea las noticias con un gesto que parece que le olieran mal. Pero algo le llama la atención y dice a su vecino.

—Ché, vos. Fijáte en esto. ¡Es fenómeno!  
¡Brutal!

Yeyo manosea la moneda que acaba de coger y se acerca al mostrador con un periódico. Manolo hurga debajo de su ajustado delantal de tela blanca y saca un níquel. Mira atento la primera página y mira a Yeyo. El niño no se ha movido.

—¿Me da un café, por favor?

—¿Con leche, lo quieres?

—Sí; con leche.

Manolo manipula de nuevo las clavijas y las llaves y pone delante de Yeyo un taza de café, la lata de leche crema y la azucarera. Después, se enfrasca en la lectura. Yeyo sopla y bebe. Siente el calor a través de su pequeño cuerpo, que se estremece un poco, agradecido. Está dulce y caliente; muy caliente. Y recién hecho.

Sabe mejor que el de Chana. Pero cuesta dos reales. Tiene que vender cinco periódicos para pagarlo.

—Gracias.

Yeyo se dirige hacia la calle.

—¡Oye! Tu plata.. Coge ese dinero.

El niño regresa. Regresa con sus piernas flacas, sus rodillas prominentes, sus pantaloncitos remendados y su camiseta verde desteñida. Manolo está retirando el plato y la taza vacía y pasando un trapo sobre el mostrador. Allí están los dos reales. Yeyo mira agradecido, con mirada clara. Es un instante nada más. Manolo sigue otra vez con la lectura, y más contento; un poco más contento que antes. La mirada del niño le hizo bien. Un real, nada más. Con leche, dos reales; pero no importa. La limpia mirada agradecida de un niño, vale mucho más. Manolo se siente satisfecho y busca en el periódico algo sobre Franco y esas bases que los gringos están haciendo allá, en España, para defender la democracia. Porque Manolo es español y republicano y fué soldado en la guerra civil. En algún sitio del frente, cerca de Bilbao, le mataron a un hermano, y luego los moros fusilaron a un cuñado.

Manolo no sabe bien cómo pudo escapar, después de lo de Barcelona. Campos de concentración en Francia, soldados senegaleses y al final, como un milagro, el sol y el mar, en un barco muy grande. Ahora, Manolo vive en Panamá, y es feliz, porque puede discutir y hablar a gritos cuando quiere, y hablar mal de Franco y de los gringos que le dan dólares al Caudillo y que hacen bases en España para defender la democracia. Manolo se casó con una joven muy bonita y hacendosa que se llama Nivia y tiene ya tres hijos sanos, fuertes y morenos. Y tiene una casa, allá por Juan Díaz, con algunas gallinas, unos mangos y un palo de aguacate y un mamón y varios tallos. Tiene también un carrito y puede regalar una taza de café a un niño que vende periódicos.

Yeyo sigue hacia el "Caribe". Le quedan tres periódicos, y ha empezado a llover, a tiempo que en el cielo se insinúa el claror de la mañana. Por la calle pasan varios carros y algunos camiones grandes que estremecen las fachadas, como para despertar a los vecinos que duermen aún. Yeyo siente el agua de la lluvia correrle por el rostro y se refugia en el café protegiendo los periódicos. Varios hombres, sentados cerca de la calle, parecen discutir.

—Te digo que en Europa no es así. En Europa...

El hablador se llama Don Chú. Viste traje blanco, un poco arrugado, y se toca con un sombrero de paja barnizada y sucia. En tiempos de Demóstenes fué cónsul en Francia. Abanderó algunos barcos, expidió varios pasaportes y ahora vive de sus ahorros, ya menguados, y de la modesta renta de una casa, en compañía de una hermana solterona, beata y medio loca. Don Chú piensa siempre en volver a la carrera. Europa le gustó. Viajó por muchos sitios con divisas abundantes y conoció bellas mujeres. El franco, a treinta y seis. Y mil francos eran, entonces, casi una fortuna, sin llegar a treinta dólares. Don Chú añora los paisajes de la Costa Azul; de Cannes y de Niza, porque nunca fue a San Blas, ni a Bocas, ni al Darién. Don Chú es capitalino y desprecia un poco el interior.

—... la gente lee, les digo.

En la memoria de Don Chú flota indeciso el recuerdo del barrio latino parisién, con tantos libros por doquier; en los puestos a la orilla del río, en las grandes librerías, bajo el

brazo de los estudiantes; en las manos de los que pasean y descansan en el Luxemburgo y en el Bosque.

—... se lo puedo asegurar.

Su interlocutor parece indiferente ante el largo discurso. Es un escritor que ya no escribe más que las cuartillas obligadas del diario que hacer en un periódico, donde la prosa se contagia de tantas impurezas. La conciencia le reprocha muchas veces su holgazanería; pero el escribir requiere un gran esfuerzo; sobre todo, un libro. Son doscientas, o trescientas páginas, o más. Todas en blanco. Un papel, que nada dice. Hay que sentarse allí delante y pensar; pensar mucho, y muchas horas. A veces se logra un párrafo con facilidad. Otras, no se acierta y hay que volver a escribirlo. Hasta que la línea buscada se consigue; hasta que se fracasa; o hasta que la idea se hace odiosa, repulsiva. Las palabras anheladas se escapan huidizas y el pensamiento se diluye. Y una hora, y dos, y muchas más. Allí; delante del papel; sufriendo, con angustia, para atrapar un adjetivo, para precisar un verbo. Se fuma un cigarrillo, y otro, y otro. Se camina lejos por el cuarto, a solas, y se vuelve a mirar el papel

mudo. Entonces, siempre pasa algo que perturba. Un niño que llora en el patio, un grito de regaño, la bocina de un carro. No es posible seguir. Otro día. Después, quizá. Más tarde. Mañana. Mañana, con seguridad. Pero pasan varios días, y sobre el papel se ha empezado ya a formar una pátina de polvo. Y la última palabra escrita sigue igual, rematada por aquella coma que parece una gota de sangre. Porque la frase ha quedado degollada, rota, y el escritor debe reparar el daño. No se puede. Aquella frase carece de sentido ahora. Hay que enterrarla definitivamente bajo el lápiz. Es muy fácil tachar. Muy fácil. Sobre todo, destruir esas frases prematuras, que quedan así, sin cobrar vida completa. Pero, al pasar la raya destructora se siente siempre algo de piedad. Porque aquellas palabras, condenadas para siempre, fueron concebidas con esfuerzo y también alumbradas con tierna ilusión.

—Escribir es algo ingrato y muy difícil.

Don Chú no comprende.

—¿Cómo dices...?

—Nada...nada. Tiene usted mucha razón.



El compañero de Don Chú se llama César y elabora para sí mentiras que le dejan en el alma un sabor amargo; son mentiras frágiles y transparentes que dejan la verdad visible. Ya se está poniendo viejo y la obra literaria, su obra, por hacer. Las canas, ya insinuadas; las arrugas; y ahora la calvicie y unos dientes flojos. La conciencia ensaya protestas por andar todas las noches por ahí, hablando cosas que no le interesan; de Europa, de política, de los gringos y hasta de beisbol. César sabe que debía estar en otra parte, y trabajando, para terminar aquel capítulo que, en su rebeldía, le resulta odioso, como los personajes que viven en él. Haciendo alguna cosa útil. Pero se queda siempre hasta el amanecer de charla con Don Chú, que vive alucinado; con el viejo Tallín, que quiso ser pintor y que se emborracha para no pensar, o con el camarero aquel que siempre tiene la corbata suelta.

—Dame uno acá.

Yeyo entrega otro periódico a Don Chú, que lo extiende con prosopopeya.

—A ver qué ha pasado ayer.

Ha pasado lo de siempre. En Francia se organizó un nuevo Gobierno. Churchill planea

otro viaje a Norteamérica. Mister Eden está más canoso y la Junta de Control de precios señala nuevas cifras y decide prohibir que se importen lechugas. Nada nuevo. Inundaciones en Honduras. Don Chú quiere leer las tiras cómicas; pero no se atreve a hacerlo en el café. Consulta su reloj y bosteza. La tertulia languidece.

César tiene dolor de cabeza y un poco de sueño. Se alegra de sentirse así, pues es un buen pretexto para no hacer nada en la novela comenzada. Lo malo es cuando no se hace nada sin motivo alguno que sirva de justificación, pues entonces los remordimientos se sublevan. Ahora, César dormirá unas horas. Entrará en el cuarto sin mirar la máquina con el teclado muerto, y se acostará decidido a reiniciar la tarea al día siguiente. Porque cuando está en la cama, la voluntad es más fuerte que nunca y decidirá que, por la tarde, dará remate al capítulo empezado. Tal vez pueda, incluso, comenzar el siguiente, o hacer el cuento aquel que tiene tan pensado, si bien puede suceder que al salir del periódico con los demás se tomen unos tragos y se inicie alguna discusión sobre política, o sobre las negociaciones, o sobre cualquier otra cosa. En tal caso, aplazaría para la noche, después

de comer, el trabajo que le apremia. Si el mes pasado y el anterior, y el otro, no se hubieran diluído en planes y proyectos, estaría ya acabando el libro. Vagamente recuerda algo de Quevedo que leyó hace tiempo, en "Los sueños", sobre los días que se van así; tan aprisa, tan vacíos, sin dejar un recuerdo, una sensación durable; sobre los días que se van, acercándonos cada vez más a la tumba.

Algo dicen a su lado que no entiende bien. Se rasca la cicatriz que le cruza una ceja y pregunta sin pensar.

—Perdón... ¿Qué decía...?

Don Chú ha doblado su periódico pensando en X 9 y en Dick Tracy; pero, naturalmente, habla de otra cosa.

—Este café está peor cada día. No sé con qué lo hacen. En Europa...

Tallín, incorporado al grupo, interrumpe.

—En Europa no han tomado café nunca. Frijoles tostados, achicoria...

El ex-cónsul prepara su discurso.

—No digas esas cosas, por favor. El mejor café del mundo se bebe en Europa, porque...

Yeyo mira hacia un farol para comprobar en la luz la intensidad de la lluvia y advierte que ha parado. La calle está mojada y un poco resbalosa, pero el cielo tiene manchas claras. Un vendedor de periódicos, más pequeño que Yeyo, llega con carga excesiva y algo retrasado.

—¿Me das cinco?

—Toma. Coge.

Hecha la transacción, Yeyo cruza la ancha plaza y sigue veloz por la acera. Hay un hombre gordo a la puerta del "Venecia" que fuma un puro grande recién estrenado. A su lado, una de las mujeres rubias que estaba sentada adentro, le habla quedo y con ademán suasorio. Yeyo siente lástima de la mujer aquella, apenas percibida en su rápido andar. Yeyo sabe ya bastantes cosas de algunas mujeres. Son conocimientos en pedazos, desarticulados, sin armar, que le dan algunas veces conceptos confusos. Pero Yeyo sabe que Tina, la nicaragüense, recibe hombres en el cuarto, a veces. y que Felisa, la modista gorda, dice que eso es una vagabundería. Yeyo no sabe que aquella mujer rubia está triste y preocupada por una hijita enferma que tiene en La Habana; no sabe que

está sin trabajo y que necesita con urgencia mandar mucho dinero allá; un dinero que no puede ganar honradamente sin echar a perder su hermoso pelo, sin romperse las uñas y mancharse la piel, tan suave y fina. Yeyo no sabe que aquella mujer rubia siente enorme repugnancia por el hombre del cigarro, con su vientre abultado y la cartera llena de billetes. Yeyo sabe solamente que el señor aquel se llama Don Benito, que vende carne en el Mercado y que es dueño, además, de dos cantinas. Pero Yeyo es un niño todavía y no puede comprender. Además, quiere llegar a la esquina por si pasa Pancho con la chiva.

No es la de Pancho; pero es la de Tin. Una chiva azul con franjas rojas y los guardafangos negros. Una chiva muy bonita, con unas flores pintadas a los lados. Yeyo grita, y la chiva se detiene.

—Sube. ¿Vas a la Copa?

Yeyo responde con un gesto. La carrera y el grito le fatigaron con exceso, y una ingrata sensación de ahogo le oprime la garganta.

Acurrucado en el estribo, Yeyo mira el despertar de la ciudad. Los agentes del tránsito se instalan en sus casetas de cemento y suben

las persianas. Los hombres de la limpieza empujan delante de la escoba los últimos desperdicios hacia el carrito, ya colmado, y brotan los primeros buses con gente recién bañada que huele a limpio, a brillantina y a jabón. Por la Avenida Central empiezan a rodar aprisa los primeros carros; los camiones de reparto de las tahonas regresan vacíos, y en el Parado hay relevo de cholos. El reloj de la estación marca en inglés las seis y media, mientras la locomotora, pintada con franjas, se prepara para arrastrar hacia Colón el primer tren.

La chiva de Tin se detiene algunas veces; pero Yeyo no mira a los pasajeros. No compran periódicos. Son obreros, albañiles, carpinteros, hombres del Marañón, que van hacia las construcciones. Ellas, pocas, cajeras de las tiendas, empleadas de algunas oficinas, maestras, quizá. Son muchachas buenas, sin complicaciones, con aroma de polvos de talco y ropa barata.

Frente a la Copa la chiva de Tin reduce un poco la velocidad y Yeyo salta. Más que ver, o que sentir, intuye un automóvil y hace un esguince salvador. Cruza la avenida ornada de árboles y busca clientes entre los pasajeros que esperan la salida hacia el aeropuerto. Dos frailes agustinos, un señor viejo con bigotes,

una mujer flaca con dos niños, un hombre misterioso con gafas oscuras. Llegan más. Se acercan al mostrador, apresurados, y entregan su equipaje. Son gentes que van a Puerto Armuelles, a David, a Bocas. Yeyo no lo sabe, pero no le importa. La gente de la Copa es gente que lee periódicos para entretener la espera y dominar un poco el nerviosismo. El largo automóvil va a salir y Yeyo vende a un joven con cara de niño la última "Estrella" que le queda. Después se sienta al borde de un zaguán a descansar y a contar su dinero. Veinticinco periódicos vendidos; un peso de ganancia. Si Rosa no necesitara nada de esa plata, mañana podría sacar cuarenta periódicos y ganar casi un balboa. Es fácil, cuando se sabe buscar los clientes.

Yeyo se levanta y echa a andar hacia la escuela. Porque ahora Yeyo va a la escuela.

La vieja Chana ya despachó las comidas y ha puesto a hervir el chicheme. Pancho empuja desde Pueblo Nuevo su primer regreso, y Rosa cura los granos de la niña.

La cubana rubia y Don Benito, el gordo, tomaron un taxi hacia las afueras. César se ha

acostado con remórdimientos y Don Chú, antes de apagar la luz, comprueba, una vez más, que el "Fantasma" derrota siempre a los malvados.

El griego del Parado hace la caja de todos los días, que son muchos dólares, y Manolo, el del "Venecia", se quita el delantal para marcharse a casa. Un día más ha comenzado. ¿Lunes? ¿Jueves? Nada importa eso. Un poco más tarde empezará el calor y todo el mundo empezará a sudar. En las construcciones, en las calles, en los patios y en los cuartos. En todas partes, menos en las tiendas y en las oficinas que tienen aparatos de aire acondicionado.

Chon ya está levantada. Hizo el desayuno para Don Marcelo y ahora está lavando sobre el banquito de madera con que protege sus encrimes pies, y Felisa, la modista gorda, ha empezado a descoser la basta de una falda. Tina, la nicaragüense, duerme y tiene pesadillas; dos niños pequeños lloran en el patio y el ciego, Don Marcelo, anda a tientas por el cuarto buscando tabaco y maldiciendo a gritos.

Ha empezado un día más en esta calle oscura.